

La poesía de Emma Jauch

MANUEL FRANCISCO MESA SECO

LOS HERMANOS VERSOS

Con este título, de tan franciscana trascendencia, Emma Jauch ingresó a la Orden de los Poetas, en 1968. Por supuesto, estos “hermanos” llegaron con la túnica de la sencillez y el encanto de las cosas puras. En los doce poemas encontramos esa atmósfera que buscamos y deseamos respirar: la unidad moral entre todo lo existente.

El hogar de Emma y Pedro Olmos se hace plenamente creador: poesía y pintura, amistad y horizontes, cantos y jardines.

Emma Jauch nos había sorprendido con la delicadeza y transparencia de sus pinceles—arte que sigue cultivando con el aplauso de todos— y luego lo hace con estos versos fraternales, también transparentes y cromáticos, porque están escritos con su espíritu y sus desvelos.

Podríamos decir que esta poesía es “vitalista”, porque hay una afirmación de esperanza y de confianza en el cotidiano quehacer. Hay amor por las cosas que rodean la vida de la poeta, y quisiera ella que todo fuera primaveral y azul; es decir, amable y pleno. Pero la persigue un fino aire de nostalgia, que ella colorea con sueños y con ansias, consiguiendo finalmente que la paz inunde su paisaje lírico.

Las cosas del diario existir —las hermanas cosas— adquieren en su voz una resonancia maternal y, más que “hermanos”, esos poemas tienen un rostro filial, por un sentido de acunamiento, de ardor y de murmullo que escuchamos en esas melodías que nos traen la contenida emoción de la infancia:

Estoy en Roma. He parlado
con Vinci largamente
y besado
la sandalia del Papa.
Vivo en Caracas. Se enredan
orquídeas al balcón.
He buscado y no encuentro
a Natalie. Place Rouge. Moscú 67.
Tomo
fragante, por fin, café en el Yemen.
Espero llegar hasta Vietnam.
Luego, desde mi sur en nieblas,
los ojos bien abiertos,
a todos envío mis noticias:
Este invierno ha sido muy lluvioso.
Cocó, el gallo colorado, ha muerto.
Hoy ha salido el sol, y me aseguran
que un zorzal ha anidado en el cerezo.

Así, en forma directa, con una naturalidad de lenguaje, con una visión rápida, sin rebuscamiento de imágenes, Emma Jauch sabe unir, con el hilo de la poesía, las sandalias del Papa con la Plaza Roja de Moscú; o el crisantemo azul y el gallo colorado, que ya ha muerto, con el Parlamento inglés. Porque en el fondo ésa es la poesía: el hallazgo solidario, la hermandad en el amor y la belleza de todo lo creado; de lo visible y lo invisible, de lo pequeño y de lo grande.

Todo cabe en esta poesía fresca y salvadora: desde las aves del huerto, los gorriones, la lechuza, los perros, la camisa azul, los libros, los pinceles, los paisajes del sur chileno, hasta la muerte del amigo; las tragedias del mundo y la guerra del Vietnam. Las manos de la escritora acogen lo que vive y a los que luchan por vivir:

A veces se me escapan
del libro que yo leo,
obstinadas
en palpar la verdad de las espigas,
decididas
a adivinar secretos en los nidos
o en los erizos verdes del castaño.

Es que esas manos están tendidas en un gesto de amistad y maternidad sobre todo el mundo. Y ese mundo comienza en su hogar, da vuelta a la Tierra y lo amarra con una filosofía amable, de secreta sabiduría. Poesía esencialmente femenina (aunque algunos discutan esta clasificación) cuya emoción y magia no está tanto en el verso mismo, en la figura de la imagen, sino más en el sentido total del poema, en el llamado mensaje o en la melodía y en la luz que nos cae de lo alto.

En todos estos poemas hay un estremecimiento de sinceridad. Una nostalgia por las cosas pasadas y una esperanza incontenida de proyección cósmica:

Porque yo he de volver.
No sé de dónde, desde el fondo
de qué raíz, justo del corazón
de qué ceniza, desde el celeste
de qué grano de nada.
Pero he de volver...

Hay amor por la vida. Volver a lo que se ha amado, porque ella, como lo confiesa, está “empecinada en adorar las rosas”. Estamos lejos de una poesía de pesadillas, de desconsuelos y rencores. Estamos frente al existir, pero buscando el corazón de la vida.

Nos entusiasma el equilibrio de las frases. La suave manera candorosa de escribir. El amor por su paisaje y por sus cosas. Sus manos que nos abren con amistad las puertas de un mundo fraternal.

Sus sonetos “Mañana en Chonchi” y “Jarro azul”, pensamos, reflejan cabalmente ese espíritu, ese querer detener la primavera y convivir en plenitud. Allí también prueba la escritora su destreza en el manejo de las formas y del idioma.

El libro está adornado con ilustraciones del pintor Pedro Olmos, su marido, que agregan a esas páginas un nuevo valor. Bellos dibujos evocativos, fantasías y sueños que interpretan líricamente el estro de la compañera, como no podía ser menos por un oficio que se domina ampliamente, como por esa comunión de 30 años de matrimonio, que nos advierte el colofón, y que constituye, en verdad, el último poema del libro.

NOTICIAS DE RAPA NUI

Con grabados de Pedro Olmos, al igual que los Hermanos Versos, aparece el

segundo libro de Emma Jauch, en 1975. La Isla de Pascua ha dado lugar a una interesante literatura, histórica, de investigación, científica, cultural, etc. Conocemos los poemas que Pablo Neruda dedica a Tepito-Te-Henua, grandiosos y estremecedores. Quien lea algunos diversos textos sobre Rapa Nui, o escuche al viajero, podrá concluir que, gracias a ese mundo fascinante, cada cual se forma una idea personal sobre las tierras de Hotu Matúa. Hay tantas islas de Pascua como uno lo deseé. Constituye así la isla un verdadero archipiélago.

La autora, sin negar lo histórico, entra a Pascua, reconstruyendo instantes líricos, como dibujos leves y finos, con trazos ligeros; pero que dejan una huella conmovedora. Nos habla de Mataveri, de Orongo, del Rano-Raraku, de Ana-o-Keko, de Anakena, etc.

En todas partes su cincel va dejando estos "petroglifos" poéticos, estas noticias de Rapa Nui esculpidas en el aire mágico de la isla.

En el prólogo, el profesor y estudiioso de la poesía Enrique Villablanca dice de este libro que su lenguaje poético huye de lo complicado; sus imágenes son transparentes y particularmente sinceras.

Pensamos también que Emma Jauch logra, en este libro, entregarnos el misterio de Rapa Nui, que ha trasvasijado una solidaridad no sólo con sus hombres, sino con sus pájaros, su soledad, sus monumentos, su mar, sus plantas. Lo ama todo. Encuentra allí la flecha de obsidiana "como muerta en la palma de mi mano", trabaja en inventariar las que son "piedras piedras", recoge el caracol "teorema secreto", se acerca al curanto, como a una comida sagrada, repasa los nombres de los grandes monumentos-Ahu-necrológicos, para saludarlos con veneración y nobleza.

Versos de especial altura y profundidad son los que dedica a Orongo, la ciudadela sagrada. En parte, exclama:

"Como una isla soy / de pie sobre una isla / La luna se cayó en el Rano-Kao."/

"La higuera cuelga / prendida en la pendiente / y el Manutara, única voz / da cuenta del hallazgo./ En la celeste soledad / del alba / las piedras dicen cosas / que no entiendo, / se extienden manos que no sé / si piden o amenazan / y un ojo enorme / vigila en la caverna."/

La poesía logra así llevarnos a ese mundo, que es puro sólo en cuanto es intocado, pero que es turbulento, trágico e ininteligible; pero no, por eso, menos maravilloso y admirable.

Pienso que la ciencia-ficción ha roto, en la cultura contemporánea, el amor y la pasión por la poesía. En otras edades poesía y pensamiento caminaban, si no juntos, por lo menos cambiaban saludos. La ciencia-ficción y la imagen rompen esa inquietud humana intelectual de evadirse

hacia planos supuestos o irreales que, en el fondo, buscan la quietud de la verdad y la realidad. La poesía siempre ha buscado ese plano de la belleza. Acaso el hombre de hoy, el hombre medio, no tan sólo tiene otro concepto de belleza, sino que no le interesan los valores estéticos y está huérfano de quietud. Pero he aquí este libro, estas noticias, que son noticias de bellezas, para asomarnos a esa tierra que es un espejo de todos los tiempos.

Estrofas hechas con los mismos materiales de Pascua, con la lluvia, la flora, el amanecer y la soledad de Rapa Nui.

Hernán del Solar en *El Mercurio*, refiriéndose a este libro, expresa: "... y las palabras se colman de significados que se hallan detrás de su sonido y saltan del oído del lector a su alma atenta... su libro no es otra cosa que una ida al sueño dichoso de la poesía... su superior capacidad de imaginar y sentir las grandes y pequeñas cosas que nos rodean. La vida cotidiana es para ella un haz de asombros... Y todo lo vacía en el idioma poético que la sitúa, sin asomo de dudas, entre las poetisas más valiosas de este tiempo, en el país".

LOS PIES EN LA TIERRA

Editado en Barcelona en 1978 y con ilustraciones de Pedro Olmos, después de haber surcado los mares y los aires, llega *Los pies en la tierra*, donde la poetisa ha dejado las huellas de su tránsito por esos aledaños.

Ella, que también ha recorrido otras latitudes, termina por cantar, a la lumbre del fogón doméstico, a la sombra de su huerta o al abrigo de sus recuerdos, las cosas que la rodean en esta tierra cercana y amada. "De aquí, / desde la puerta de mi casa, / es muy posible / con buena voluntad / descubrir universos."/"

Ese universo es justamente el entorno: las cosas, los recuerdos, las esperanzas, los viajes. En algunos poetas es posible valorar la imaginación, en otros la sensibilidad, más allá el ingenio y el talento. En Emma Jauch, sin negar la presencia de estas virtudes, está viva y clara la emoción. Esa emotividad que nos transporta de manera fina e imperceptible a una visión honda y sencilla. Con una economía de imágenes y metáforas, logra evocar un mundo limpio y diáfano: "lloro por lo que fue / y hoy es ceniza, / por el mástil desnudo, / por las velas viajeras / que no sabrán jamás / en alta mar lo que es el viento/". Se ratifica así, en este libro, esa característica presente ya en *Los hermanos versos y Noticias de Rapa Nui*: que esta palabra poética es como un agua que nos refresca en el desierto y la soledad.

Todo está dicho al oído y al corazón, como señalando los caminos por

donde deben avanzar los pies del hombre: "Pon atento el oído, / que el corazón escucha. / ¿No oyes cómo madura / la porfiada esperanza / entre los trigos?" Ese hablar sin estridencias, como la semilla que no olvida su oficio de surgir y de estallar silenciosamente en el fruto esperado, produce esa sensación de vitalidad y equilibrio que es propia de la naturaleza. Emma Jauch sabe decir las palabras, sabe construir un poema, como sabe con sus pinceles descubrirnos las maravillas de una flor o de un paisaje. Tiene estilo, esto es, sabe dejar en sus creaciones su personalidad hecha de intuición, de inteligencia y corazón. Sentimental y romántica (¿qué mujer no lo es?), no cae en lo melodramático, ni en lo trágico ni tremebundo.

Sus pies están en la tierra y sabe, aunque "herida se desgrana", habrá siempre "el persistente / perfume que se escapa / de una caja/". No están solamente, entonces, los pies, sino que todo el ser humano en esta tierra de luces y sombras, donde "...a veces / una mano en el hombro, / la más pequeña / palabra apenas, / pronunciada, un brote nuevo, / bastan y recuperar / la alta temperatura de la dicha./ A veces/".

En el prólogo el poeta español José Jurado Morales nos dice con seguridad y acierto "que los poemas contenidos en este importante libro son la expresión lírica de un poeta en plena madurez".

Todo el libro, finamente editado, tiene y contiene una nervatura de humanidad que resume una posición frente a la vida. Esa presencia está latente en el poema "Elegía" (un clamor frente al río Maule y a Constitución) y en esa maravilla que es "Balada para la niña" que, tal vez, sea un trasunto de esa elegía maulina: "Porque al cerrarse / unos ojos antiguos que me amaron / hoy he muerto de niña/".

Un libro conmovedor que, con razón, fue distinguido con mención honrosa en el Concurso Gabriela Mistral de la Municipalidad de Santiago en 1977, y que honra tanto a la literatura regional como chilena.

Roque Esteban Scarpa, en la revista *Selecta*, hablando de *La Poesía en la Tierra*, expresa: "Quiero recalcar que Emma Jauch es mujer de invierno-primavera, como todo poeta, siempre en las fronteras de la muerte hacia la vida, como en espera de semilla... Quiero reconocer la calidad extraordinaria de este libro, engañoso en su humildad, pródigo de riquezas. Breve en número de poemas, donde cada poesía se ciñe a su unidad y la excede. Libro de los pies y la poesía en la tierra, extraño don humano angélico".

EL ABUNDANTE MUNDO

Entre los regalos que nos trajo la Navidad de 1981, está *El Abundante*

Mundo, premiado en Barcelona en el certamen internacional de poesía de la Revista *Azor*.

El nuevo texto confirma la calidad y calidez de la poesía de la autora maulina, que, en este cuarto libro poético, pone de manifiesto sus cualidades de sensibilidad y humanidad.

Emma Jauch tiene la habilidad y gracia de elevar a categorías estéticas las cosas y hechos del quehacer diario del hombre. No se preocupa de buscar temas de "alcurnia", porque en ella las palabras otorgan trascendencia y nivel a las cosas que ve o toca. Es una gran labor de esta poetisa: la de entregar al hombre la belleza o la reflexión estética en torno a lo que nos rodea. Es cosa de saber mirar o escuchar para que veamos, con la razón o la fantasía, lo que, a veces, se nos oculta, porque no nos detenemos o no sabemos barrer el mundo.

"Cuando la soledad te muerde los talones / y las cosas no son / o son distintas / y el abrigo colgado es un difunto / y el hilo se te enreda, / nudo ciego, / cuando la soledad te atrapa / se desgaja el retrato / desmigado / desde el marco secreto de las lágrimas/".

Ese amor al entorno, a las cosas que viven y conviven con la poetisa, el mundo que, de alguna manera, es de nuestra responsabilidad estética (hay también una responsabilidad moral), la lleva a buscar el resplandor de lo hermoso que habita en cosas y seres. No otra cosa cantaron San Francisco y Gabriela Mistral. Así en el poema "Inquilinos", con amor e inocencia poética, nos dirá que su casa es el hogar de los pájaros: "Territorio de alas y gorriones / forzado aterrizaje en todo vuelo, / en el huerto alojan y se aman / codorniz y palomas/".

La expresión estética, como manera de eternizarse, de quedarse personalmente y de quedarse la humanidad enraizada en un camino de plenitud, le preocupa a nuestra poeta y pintora. De ahí ese nombre optimista de *El Abundante Mundo*: "Por el abundante mundo / rastreo insistente / lo que el hombre con los colores / Y la tremenda voluntad de seguir / permaneciendo / afirmo al decir en la tela: / Este fui y éste será / el que yo retraté / y no quiero que muera/".

Es por esos aledaños donde nos lleva esta poesía, por "El Abundante mundo / de ángeles y demonios/".

En los sonetos dedicados al tema de las plazas pone a prueba el rigor del oficio. Podríamos citar, entre otros, "En fiesta", "En otoño", "Plaza Mayor", "Con amor", "De Curicó", o "Con un viejo".

Emma Jauch ilustra sus sentimientos con gráficas imágenes: "Poder contar después, de vuelta en casa, / que esta foto logré, mientras la taza / de café a la turca se enfriaba/" (de "Atenas").

“Mi ojo americano no comprende / una plaza si no es ebria de verde / sin pájaros cantando su reclamo”/ (Plaza Mayor).

“Por las tardes se pone su vestido / de rosa y sombra, cierra el oído y enciende las estrellas del desvelo”/ (Con amor).

Podríamos seguir citando otros ejemplos, pero no queremos dejar de mencionar ese verso final del primer terceto del soneto a la “Plaza con hojas secas”: “Estas que fueron oros en alfombras”, que nos recuerda la poesía clásica de nuestra habla.

No tan sólo la autora del abundante mundo está motivada por sus jornadas diarias, sino que también cada uno de sus itinerarios, ya sea a Rapa Nui, a Europa, norte de África, a nuestra América; es también un viaje a la hondura de los descubrimientos. Un descorrer el velo que oculta a las cosas hermosas de la naturaleza, o que el hombre ha construido.

Bien hizo el jurado de Barcelona al otorgarle el galardón del primer premio.

Delia Domínguez, en la revista *Paula* de fines de julio de 1982, comentando este libro, dice que Emma Jauch “es una poeta de temas esenciales... porque su verbo depurado va directo al hueso, sin quedarse enfiestado en el sonido o en la apariencia externa del lenguaje... Pienso que, en este momento, es una de las grandes voces de la lírica nacional. Aparte de la riqueza temática, el libro revela perfección en la estructura formal: posee un ritmo fabuloso (el empleo del endecasílabo así lo atestigua en sus bellos sonetos) y un sentido justo de la medida expresiva”.

Digamos, finalmente, que Emma Jauch, desde Linares, donde reside, ha pasado a formar parte de esa cofradía de poetas maulinos que han contribuido a engrandecer la poesía y la cultura chilenas, porque, como dice Carlos René Correa: “Ha escrito poemas de entrañable fervor y luminosa presencia”.